

Leandro Fernández de Moratín: El sí de las niñas

El principal representante de la comedia neoclásica fue Leandro Fernández de Moratín (1760-1828) -el más importante comediógrafo del XVIII- con piezas tan relevantes como *El sí de las niñas*, *El viejo y la niña*, *El barón* y *La Mojigata*, cuyo tema principal de la comedia neoclásica española fue el forzado y desigual matrimonio de hombre maduro con jovencita de origen humilde, a causa del interés de los padres. Leamos unas escenas de *El sí de las niñas*:

(Texto en cervantesvirtual.com)

(Edición digital de Juan Antonio Ríos Carratalá)

Acto I: El caballero Don Diego le cuenta sus propósitos a su criado.

DON DIEGO.- Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Porque aquí entre los dos, la buena de Doña Irene se ha dado tal prisa a gastar desde que murió su marido que, si no fuera por estas benditas religiosas y el canónigo de Castrojeriz, que es también su cuñado, no tendría para poner un puchero a la lumbre... Y muy vanidosa y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos allá que... Pero esto no es del caso... Yo no he buscado dinero, que dineros tengo. He buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMÓN.- Eso es lo principal... Y, sobre todo, lo que usted tiene ¿para quién ha de ser?

DON DIEGO.- Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMÓN.- Pero, siendo a gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

DON DIEGO.- No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporción en la edad, que...

SIMÓN.- Vamos, que no parece tan notable la diferencia. Siete u ocho años a lo más...

DON DIEGO.- ¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete u ocho años? Si ella ha cumplido dieciséis años pocos meses ha.

SIMÓN.- Y bien, ¿qué?

DON DIEGO.- Y yo, aunque gracias a Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMÓN.- Pero si yo no hablo de eso.

DON DIEGO.- Pues ¿de qué hablas?

SIMÓN.- Decía que... Vamos, o usted no acaba de explicarse, o yo lo entiendo al revés... En suma, esta Doña Paquita, ¿con quién se casa?

DON DIEGO.- ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMÓN.- ¿Con usted?

DON DIEGO.- Conmigo.

SIMÓN.- ¡Medrados quedamos!

DON DIEGO.- ¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?...

SIMÓN.- ¡Y pensaba yo haber adivinado!

DON DIEGO.- Pues ¿qué creías? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMÓN.- Para Don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ése juzgué que se guardaba la tal niña.

DON DIEGO.- Pues no señor.

SIMÓN.- Pues bien está.

DON DIEGO.- ¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la había de ir a casar!... No señor; que estudie sus matemáticas.

SIMÓN.- Ya las estudia; o, por mejor decir, ya las enseña.

DON DIEGO.- Que se haga hombre de valor y...

SIMÓN.- ¡Valor! ¿Todavía pide usted más valor a un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron a seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino; y yo le vi a usted más de cuatro veces llorar de alegría cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

DON DIEGO.- Sí señor; todo es verdad, pero no viene a cuento. Yo soy el que me caso.

SIMÓN.- Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no le asusta la diferencia de la edad, si su elección es libre...

DON DIEGO.- Pues ¿no ha de serlo?... Doña Irene la escribió con anticipación sobre el particular. Hemos ido allá, me ha visto, la han informado de cuanto ha querido saber, y ha respondido que está bien, que admite gustosa el partido que se le propone... Y ya ves tú con qué agrado me trata, y qué expresiones me hace tan cariñosas y tan sencillas... Mira, Simón, si los matrimonios muy desiguales tienen por lo común desgraciada resulta, consiste en que alguna de las partes procede sin libertad, en que hay violencia, seducción, engaño, amenazas, tiranía doméstica... Pero aquí no hay nada de eso. ¿Y qué sacarían con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; ésta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si Doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada, que la ha servido en Madrid y más de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamás observó en esta criatura la más remota inclinación a ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oír misa y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, éstas han sido su ocupación y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMÓN.- Yo nada, señor.

DON DIEGO.- Y no pienses tú que, a pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aún hay tiempo... Sólo que aquella Doña Irene siempre la interrumpe; todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

SIMÓN.- En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

DON DIEGO.- Sí; yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMÓN.- Pues ¿qué ha hecho?

DON DIEGO.- Una de las suyas... Y hasta pocos días ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Ya te acuerdas de que a muy pocos días de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

SIMÓN.- Sí, señor.

DON DIEGO.- Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMÓN.- Así es la verdad.

DON DIEGO.- Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.

SIMÓN.- ¿Qué dice usted?

DON DIEGO.- Sí, señor. El día tres de julio salió de mi casa, y a fines de septiembre aún no había llegado a sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMÓN.- Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle a usted pesadumbre...

DON DIEGO.- Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMÓN.- ¡Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

DON DIEGO.- Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y dile que venga para quedar de acuerdo en la hora a que deberemos salir mañana.

SIMÓN.- Bien está.

DON DIEGO.- Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

SIMÓN.- No haya miedo que a nadie lo cuente.

(SIMÓN se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas y basquiñas. RITA deja un pañuelo atado sobre la mesa y recoge las mantillas y las dobla.)

El paso siguiente es que la joven se entere del acuerdo que acaban de tomar para su futuro; fíjate los trazos con los que Moratín pinta a su madre, verdadera culpable del sacrificio que se avecina (Escena II)

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.- Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.- ¡Ay! ¡Qué escalera!

DON DIEGO.- Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE.- ¿Conque usted, a lo que parece, no ha salido? (Se sientan DOÑA IRENE y DON DIEGO.)

DON DIEGO.- No, señora. Luego, más tarde, daré una vueltecita por ahí... He leído un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.- Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! ¡Mala peste en ellos! Anoche no me dejaron parar... Pero mire usted, mire usted (Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pililla de cristal... Mire usted qué bonita. Y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí!... ¡Ay!, y una campanilla de barro bendito para los truenos... ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE.- Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.- ¡Cómo me quieren todas! Y mi tía, mi pobre tía, lloraba tanto... Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE.- Ha sentido mucho no conocer a usted.

DOÑA FRANCISCA.- Sí, es verdad. Decía: ¿por qué no ha venido aquel señor?

DOÑA IRENE.- El padre capellán y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA.- Toma (Vuelve a atar el pañuelo y se le da a RITA, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de DOÑA IRENE.), guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ¡Ya se ha roto la santa Gertrudis de alcorza!

RITA.- No importa; yo me la comeré.

(...)

DON DIEGO.- Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted acá... (Acércase más.) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación... Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen a usted entera libertad para la elección no se casaría conmigo?

DOÑA FRANCISCA.- Ni con otro.

DON DIEGO.- ¿Será posible que usted no conozca otro más amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.- No, señor; no, señor.

DON DIEGO.- Mírelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.- ¿No le digo a usted que no?

DON DIEGO.- ¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento a una vida más...?

DOÑA FRANCISCA.- Tampoco; no señor... Nunca he pensado así.

DON DIEGO.- No tengo empeño de saber más... Pero de todo lo que acabo de oír resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ése? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas le reconozco? ¿Son éstas las señales de quererme exclusivamente a mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos días? ¿Se anuncian así la alegría y el amor? (Vase iluminando lentamente la escena, suponiendo que viene la luz del día.)

DOÑA FRANCISCA.- Y ¿qué motivos le he dado a usted para tales desconfianzas?

DON DIEGO.- ¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra unión, si su madre de usted sigue aprobándola y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA.- Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

DON DIEGO.- ¿Y después, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.- Después... y mientras me dure la vida, seré mujer de bien.

DON DIEGO.- Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos ¿no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.- ¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

DON DIEGO.- ¿Por qué?

DOÑA FRANCISCA.- Nunca diré por qué.

DON DIEGO.- Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... Cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.- Si usted lo ignora, señor Don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DON DIEGO.- Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos a Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

DOÑA FRANCISCA.- Y daré gusto a mi madre.

DON DIEGO.- Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.- Ya lo sé.

DON DIEGO.- Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña: enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una páfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, o en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que más desean, con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo mandan, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas, y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.- Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

DON DIEGO.- Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted se anime... Si la ve a usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.- ¡Dios mío!

DON DIEGO.- Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta... ¡Mire usted qué desorden éste! ¡Qué agitación! ¡Qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así..., con cierta serenidad y...? ¿Eh?

DOÑA FRANCISCA.- Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿a quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?

DON DIEGO.- Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase... ¡criatura!..., en la situación dolorosa en que la veo? (Asiéndola de las manos.)

DOÑA FRANCISCA.- ¿De veras?

DON DIEGO.- Mal conoce usted mi corazón.

DOÑA FRANCISCA.- Bien le conozco. (Quiere arrodillarse; DON DIEGO se lo estorba, y ambos se levantan.)

DON DIEGO.- ¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.- Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no; infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor Don Diego!

DON DIEGO.- Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demás todo ha sido... ¿qué sé yo?... una equivocación mía, y no otra cosa... Pero usted, ¡inocente! usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.- Vamos... ¿No viene usted?

DON DIEGO.- Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.- Vaya usted presto. (Encaminándose al cuarto de DOÑA IRENE, vuelve y se despide de DON DIEGO besándole las manos.)

(...)

En la Escena XIII asistimos al sacrificio del viejo caballero en aras de la felicidad de los jóvenes

(...)

DON DIEGO.- Aquí no hay escándalos... Ése es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos viene a ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza a tu mujer. (Se abrazan DON CARLOS y DOÑA FRANCISCA, y después se arrodillan a los pies de DON DIEGO.)

DOÑA IRENE.- ¿Conque su sobrino de usted?...

DON DIEGO.- Sí, señora; mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA.- ¿Conque usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO.- Sí, prendas de mi alma... Sí. (Los hace levantar con expresión de ternura.)

DOÑA IRENE.- ¿Y es posible que usted se determina a hacer un sacrificio?...

DON DIEGO.- Yo pude separarlos para siempre y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable, pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... ¡Paquita!... ¡Qué dolorosa impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

DON CARLOS.- Si nuestro amor (Besándole las manos.), si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.- ¡Conque el bueno de Don Carlos! Vaya que...

DON DIEGO.- Él y su hija de usted estaban locos de amor, mientras que usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de autoridad, de la opresión que la juventud padece; éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.- En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor; venga usted, que quiero abrazarle. (Abrazando a DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA se arrodilla y besa la mano de su madre.) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena elección has tenido... Cierito que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.- Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... señorita, un millón de besos. (Se besan DOÑA FRANCISCA y RITA.)

DOÑA FRANCISCA.- Pero ¿ves qué alegría tan grande?... ¡Y tú, como me quieres tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO.- Paquita hermosa (Abraza a DOÑA FRANCISCA.), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba a mi vejez... Vosotros (Asiendo de las manos a DOÑA FRANCISCA y a DON CARLOS.) seréis la delicia de mi corazón; el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquél... no hay remedio, aquél es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos, podré decir: a mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CARLOS.- ¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO.- Hijos, bendita sea la de Dios.

-Señala lo que pasa en cada una de las escenas.
-¿Qué vicios o lacras sociales son aquí atacados por Moratín?
-¿Cuál es la reacción del criado Simón al enterarse de la boda?
-Define el comportamiento de Don Carlos y Don Diego.
-Subraya las líneas donde a tu juicio se resume la moraleja de la obra.
-A la vista de los dos últimos temas, ¿qué instrumento expresivo te parece más adecuado para el teatro: el verso o la prosa?

La comedia nueva o El café

En esta obra Moratín ridiculiza la ignorancia y ligereza de los autores dramáticos que triunfaban en la escena madrileña y española. Para ello la acción se desarrolla en un café; allí Don Antonio y Don Pedro comentan la penosa situación de la escena a propósito del estreno de una obra disparatada que está preparando don Eleuterio, pronto integrado en la conversación.

DON ANTONIO.- ¿Cómo va, amigo don Pedro? (DON ANTONIO se sienta cerca de DON PEDRO.)

DON PEDRO.- ¡Oh, señor don Antonio! No había reparado en usted. Va bien.

DON ANTONIO.- ¿Usted a estas horas por aquí? Se me hace extraño.

DON PEDRO.- En efecto, lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer. Dijeron mil despropósitos, me fastidié y me vine.

DON ANTONIO.- Pues con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado a vivir como un ermitaño en medio de la corte.

DON PEDRO.- No, por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos, y a ellos debo los más felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda más digna de un hombre de bien.

DON ANTONIO.- Sí; pero cuando la verdad es dura a quien ha de oírla, ¿qué hace usted?

DON PEDRO.- Callo.

DON ANTONIO.- ¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

DON PEDRO.- Me voy.

DON ANTONIO.- No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

DON PEDRO.- Entonces digo la verdad.

DON ANTONIO.- Aquí mismo he oído hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instrucción y su probidad; pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

DON PEDRO.- ¿Y por qué? Porque no vengo a predicar al café. Porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana. Porque no disputo, ni ostento erudición ridícula, como tres, o cuatro, o diez pedantes que vienen aquí a perder el día, y a excitar la admiración de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinión que he seguido hasta aquí, de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

DON ANTONIO.- Pues ¿qué debe hacer?

DON PEDRO.- Tomar café.

(...)

Acto II: la obra ha fracasado por completo, de modo que se han venido abajo los planes que tenía don Eleuterio con los beneficios obtenidos de casar a su hermana con un supuesto erudito. De nuevo Don Pedro ha de aportar la dosis de racionalidad

DON SERAPIO.- No, señor; el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y a sus camaradas que si llegamos a pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame usted a mí; la comedia es buena. Ahí no ha habido más sino que los de allá se han unido, y...

DON ELEUTERIO.- Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala y que hay muchos partidos, pero lo que a mí me...

DON PEDRO.- ¿Todavía está usted en esa equivocación?

DON ANTONIO.- (Aparte a DON PEDRO.) Déjele usted.

DON PEDRO.- No quiero dejarle, me da compasión.... Y, sobre todo, es demasiada necedad, después de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitación? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza y unas reglas que seguir y observar; que a ellas debe acompañar una aplicación constante y laboriosa, y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? Pues ¿por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay más sino meterse a escribir, a salga lo que salga, y en ocho días zurcir un embrollo, ponerlo en malos versos, darle al teatro y ya soy autor? ¿Qué, no hay más que escribir comedias? Si han de ser como la de usted o como las demás que se le parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted) se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observación continua, sensibilidad, juicio exquisito, y todavía no hay seguridad de llegar a la perfección.

-Define en unas líneas a cada uno de los tres personajes que intervienen en el primer texto.

-Sintetiza el argumento del último fragmento. ¿Qué le reprocha Don Pedro a Don Eleuterio?

LA TRAGEDIA NEOCLÁSICA

Vicente García de la Huerta: Raquel

Raquel (1775), del dramaturgo extremeño Vicente García de la Huerta, escenifica la historia de la judía toledana de ese nombre, bella amante del rey Alfonso VIII, contra la que se amotina el pueblo castellano, contrario a los beneficios que ella otorgaba a los de su raza. El monarca la destierra, pero cuando la llama de nuevo a su lado ocasiona su muerte por parte de los súbditos "patriotas". Veamos el desenlace de la tragedia.

Jornada III: El sentimiento patriótico de los castellanos conduce al sacrificio de la bella amante del rey

(Salen ALVAR FÁÑEZ y CASTELLANOS, con las espadas desnudas.)

CASTELLANOS ¡Muera, muera!

RAQUEL Traidores... Mas ¿qué digo? Castellanos,
Nobleza de este Reino, ¿así la diestra
armáis con tanto oprobio de la fama
contra mi vida? ¿Tan cobarde empresa 585
no os da rubor y empacho? ¿Los ardores
a domar enseñados la soberbia
de bárbaras escuadras de Africanos,
contra un aliento femenino se emplean?
¿Presumís hallar gloria en un delito, 590
y delito de tal naturaleza
que complica las torpes circunstancias
de audacia, de impiedad y de infidencia?
¿A una mujer acometéis armados?
¿El hecho, la ocasión, no os avergüenza? 595
¿Será blasón, cuando el Alarbe ocupa
con descrédito vuestro las fronteras,
convertir los aceros a la muerte
de una flaca mujer, que vive apenas?
¿Qué causa a tal maldad os precipita? 600
¿Qué crueldad, qué rigor, qué furia es ésta?

ALVAR FÁÑEZ El hábito, Raquel, de hacer tu gusto,
y tu misma maldad hacen no veas
las causas, los principios de este enojo;
bien lo sabes, Raquel; bien lo penetras,
y bien tu disimulo nos confirma
la justicia y razón que nos alienta.

RAQUEL ¿Pues mi delito es más que ser amada
de Alfonso?, ¿que pagar yo su fineza?
¿En cuál de estas dos cosas os ofendo? 610
¿Está en mi arbitrio hacer que no me quiera?
Si el Cielo, si la fuerza de los astros
le inclinan a mi amor, ¿en su influencia
debo culpada ser? ¿Puede el humano
albedrío mandar en las estrellas? 615
Mas ya sé que diréis que mi delito

es el corresponderle. Cuando intenta
la malicia triunfar, ¡oh, cómo abulta
frívolas causas, vanas apariencias!
¿Pude dejar de amarle siendo amada? 620
Si un Rey con sólo su precepto fuerza,
a su imperio juntando las caricias,
su amor, su halago, las heroicas prendas
que le hacen adorable, ¿bastaría
algún esfuerzo a hacerle resistencia? 625
Juzgad con más acuerdo, oh, Castellanos;
ved que el enojo la razón os ciega;
remitid esta causa a más examen;
atended...

ALVAR FÁÑEZ Ya está dada la sentencia.

RAQUEL Mirad que es la pasión quien la fulmina. 630

ALVAR FÁÑEZ No, tirana: tu culpa te condena

RAQUEL ¿Que en fin he de morir? Aqueste llanto...

ALVAR FÁÑEZ No nos mueve, Raquel; no tiene fuerza.

RAQUEL ¿Lo negro de la acción no os horroriza?

ALVAR FÁÑEZ Si de la Patria el bien se cifra en ella, 635
timbre la juzgarán, y si de Alfonso
el honor restauramos, es proeza.

RAQUEL ¿Y su honor restauráis, cuando atrevidos
muerte le dais? ¿Sabéis que se aposenta
su alma con la mía?, ¿que es mi pecho 640
de su imagen altar?, ¿que de las fieras
puntas que penetraren mis entrañas,
es fuerza que el dolor las suyas sientan?
¿No veis que él morirá si yo muere?

ALVAR FÁÑEZ El rayo del furor la torpe hiedra 645
abrasará, sin que padezca el tronco
que ella aprisiona con lascivas vueltas.

RAQUEL ¿El amarle llamáis...?

ALVAR FÁÑEZ Amor te mata;
si él te ofende, Raquel, de amor te queja.

RAQUEL No, traidores; no, aleves; no, cobardes; 650
y si porque amo a Alfonso me sentencia
vuestra barbaridad, no me arrepiento;
nada vuestros rigores me amedrentan.
Yo amo a Alfonso, y primero que le olvide,
primero que en mi pecho descaezca 655
aquel intenso amor con que le quise,

no digo yo una vida, mil quisiera
 tener, para poder sacrificarlas
 a mi amor. ¿Qué dudáis? Mi sangre vierta
 vuestro rigor. Al pecho, que os ofrezco 660
 tan voluntariamente, abrid mil puertas;
 que no cabrá por menos tanta llama,
 tanto ardor, tanto fuego, tanta hoguera.

RUBÉN (Sacando el puñal.)

A lo menos Rubén sin defenderse
 no ha de morir.

ALVAR FÁÑEZ Matadlos. Mas no sea 665
 nuestro acero infamado con su sangre.
 Este Hebreo que el Cielo aquí presenta,
 ha de ser, Castellanos, su verdugo.
 Tú, Rubén, si salvar la vida intentas,
 pues consejero fuiste de sus culpas, 670
 ahora ejecutor sé de su pena.

RAQUEL ¡Oh, cielos, qué linaje de tormento
 tan atroz!

RUBÉN ¡Yo...!

ALVAR FÁÑEZ Rubén, no te detengas,
 (Poniéndole la espada al pecho.)
 si pretendes vivir.

RUBÉN Pues si no hay medio,
 conserve yo mi vida, y Raquel muera. 675
 (Hiérela.)

RAQUEL ¡Ay de mí!

ALVAR FÁÑEZ Pues está ya herida, huyamos.
 (Vanse ALVAR FÁÑEZ y CASTELLANOS.)

(...)

-¿Qué aspectos de la dramaturgia neoclásica percibes en el fragmento?

POESÍA

Félix María Samaniego: Fábulas

Félix María Samaniego (Álava 1745-1801) junto con Tomás de Iriarte renovó el viejo género de la fábula con intención moralizadora. Además perteneció a la Sociedad Vascongada de Amigos del País, uno de los más importantes grupos de ilustrados del Norte de España. Bajo el título de Fábulas morales (1781) escribió para los alumnos del Seminario de Vergara más de un centenar de breves narraciones en verso con intención moral, que se utilizaron como texto escolar y modelo de comportamiento hasta hace unas décadas.

(Ed. de Emilio Palacios Fernández)

La Zorra y las Uvas

Es voz común que, a más del mediodía,
 en ayunas la Zorra iba cazando.
 Halla una parra, quédase mirando
 de la alta vid el fruto que pendía.
 Causábale mil ansias y congojas 5
 no alcanzar a las Uvas con la garra,
 al mostrar a sus dientes la alta parra
 negros racimos entre verdes hojas.
 Miró, saltó y anduvo en probaduras;
 pero vio el imposible ya de fijo. 10
 Entonces fue cuando la Zorra dijo:
 -No las quiero comer: «No están maduras».
 No por eso te muestres impaciente,
 si te se frustra, Fabio, algún intento.
 Aplica bien el cuento, 15
 y di: No están maduras, frescamente.

Tomas de Iriarte: Fábulas

Iriarte fue el prototipo de intelectual reformista y de cortesano dieciochesco. Su obra más famosa son las Fábulas literarias (1782), aunque como buen ilustrado escribió también poemas de factura clásica censurando ciertos comportamientos de la época. Aquí tienes un ejemplo de sus fábulas.

El oso, la mona y el cerdo

Nunca una obra se acredita tanto de mala como cuando la aplauden los necios

Un oso, con que la vida
ganaba un piamontés,
la no muy bien aprendida
danza ensayaba en dos pies.

Quiriendo hacer de persona, 5
dijo a una mona: «¿Qué tal?»
Era perita la mona,
y respondi6le: «Muy mal».

«Yo creo -replicó el oso-
que me haces poco favor. 10
Pues ¿qué?, ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?»

Estaba el cerdo presente,
y dijo: «¡Bravo! ¡Bien va!
Bailarán más excelente
no se ha visto ni verá».

Echó el oso, al oír esto,
sus cuentas allá entre sí,
y con ademán modesto,
hubo de exclamar así: 20

«Cuando me desaprobaba la mona, llegué a dudar; mas ya que el cerdo me alaba, muy mal debo de bailar».

Guarde para su regalo 25
 esta sentencia un autor:
 si el sabio no aprueba, ¡malo!
 si el necio aplaude, ¡peor!

- Resume la moraleja de cada una de estas fábulas.
- Efectúa el comentario métrico de la fábula de Samaniego y la de Iriarte.

Juan Meléndez Valdés: Poesías

Juan Meléndez Valdés (1754-1817) es sin duda el más representativo poeta del siglo XVIII, dado que su obra incorpora las diversas fórmulas poéticas de aquella centuria. Además fue la figura principal del grupo salmantino. Gran amigo de Jovellanos y Cadalso, publicó numerosos poemas bajo el seudónimo de Batilo.

En sus versos se encuentran las líneas maestras de la lírica dieciochesca: odas anacreónticas, neoclasicismo e incluso un último momento prerromántico, durante el exilio francés al que se vio condenado al terminar la Guerra de la Independencia, a causa de su apoyo a José Bonaparte.

(Ed. de Emilio Palacios Fernández)

Odas anacreónticas

De mis niñeces

Siendo yo niño tierno, con la niña Dorila me andaba por la selva cogiendo florecillas, de que alegres guirnaldas,	5	Luego al darle las flores el pecho me latía, y al ella coronarme quedábase embebida. Una tarde tras esto	25
con gracia peregrina para ambos coronarnos, su mano disponía. Así en niñeces tales de juegos y delicias pasábamos felices las horas y los días.	10	vimos dos tortolitas que con trémulos picos se halagaban amigas, y de gozo y deleite, cola y alas caídas, centellantes sus ojos, desmayadas gemían.	30
Con ellos poco a poco la edad corrió de prisa, y fue de la inocencia saltando la malicia.	15	Alentonos su ejemplo, y entre honestas caricias nos contamos turbados nuestras dulces fatigas;	35
Yo no sé; mas, al verme Dorila se reía, y a mí de sólo hablarla también me daba risa.	20	y en un punto, cual sombra voló de nuestra vista la niñez, mas en torno nos dio el Amor sus dichas.	40

A la mañana, en mi desamparo y orfandad

Entre nubes de nácar, la mañana, de aljófares regando el mustio suelo, asoma por oriente: las mejillas de grana, de luz candente el transparente velo, 5 y muy más pura que el jazmín la frente. Con su albor no consiente que de la opaca noche el triste manto ni su escuadra de fúlgidos luceros la tierra envuelva en ceguedad y espanto, 10 mas con pasos ligeros, la luz divina y pura dilatando,	15	los va al ocaso umbrífero lanzando; y en el diáfano cielo, coronada de rutilantes rayos, vencedora se desliza corriendo. Con la llama rosada que en torno lanza, el bajo mundo dora, a cada cosa su color volviendo. El campo, recogiendo el alegre rocío de las flores, del hielo de la noche desmayadas,	20
--	----	---	----

tributa al almo cielo mil olores;
 las aves acordadas
 el cántico le entonan variado
 25
 que su eterno Hacedor les ha enseñado.
 En el ejido, el labrador, en tanto,
 los vigorosos brazos sacudiendo
 a su afán se dispone;
 y entre sencillo canto,
 30
 ora el ferrado trillo revolviendo
 las granadas espigas descompone,
 o en alto montón pone
 la mies dorada que a sus trojes lleve,
 o en presto giro la levanta al viento
 35
 que el grano purgue de la arista leve,
 con su suerte contento,
 mientras los turbulentos ciudadanos
 libres se entregan a cuidados vanos.
 Yo sólo, ¡miserable!, a quien el ciclo
 40
 tan gravemente aflige, con la aurora
 no siento, ¡ay!, alegría,
 sino más desconsuelo
 que en la callada noche al menos llora
 sola su inmenso mal el alma mía,
 45
 atendiéndome pía
 la luna los gemidos lastimeros,
 que a un mísero la luz siempre fue odiosa.
 Vuelve, pues, rodeada de luceros,
 oh noche pavorosa,
 50
 que el mundo corrompido, ¡ay!, no merece
 le cuente un infeliz lo que él padece.
 Tú, con tu manto fúnebre sembrado
 de brillantes antorchas, entretienes
 los ojos cuidadosos,
 55
 y al inundo fatigado
 en alto sueño silenciosa tienes.

Mientras velan los pechos amorosos,
 los tristes, sólo ansiosos,
 cual estoy yo, de lágrimas y quejas,
 60
 para mejor llorar te solicitan,
 y cuando en blanda soledad los dejas,
 sus ansias depositan
 en ti, oh piadosa noche, y sus gemidos
 de Dios tal vez merecen ser oídos.
 65
 Que tú en tus negras alas los levantas,
 y con clemente arrebatado vuelo
 vas, y ante el solio santo
 los rindes a sus plantas,
 de allí trayendo un celestial consuelo
 70
 que ledó templó el más amargo llanto;
 aunque el fiero quebranto
 que este mi tierno corazón devora,
 por más que entre mil ansias te lo cuento,
 por más que el cielo mi dolor implora,
 75
 no amaina, no, el tormento,
 ni yo, ¡ay!, puedo cesar en mi gemido,
 huérfano, joven, solo y desvalido.
 Mientras tú, amiga noche, los mortales
 regalas con el bálsamo precioso
 80
 de tu süave sueño,
 yo corro de mis males
 la lamentable suma, y congojoso,
 de miseria en miseria me despeño,
 cual el que en triste ensueño
 85
 de alta cima rodando al suelo baja.
 Así, en mis secos párpados desiertos
 su amoroso rocío jamás cuaja;
 que en mis ojos, de lágrimas cubiertos,
 quíerote empero más, oh noche umbría,
 90
 que la enojosa luz del triste día.

- Resume el tema de cada composición de Meléndez Valdés.
- Busca en internet o en cualquier enciclopedia el artículo referente al poeta griego Anacreonte. Explica a continuación el porqué a estas odas se las llama anacreónticas.
- Identifica los elementos neoclásicos en cada una de estas poesías.

LA PROSA

El Padre Benito Jerónimo Feijoo: Teatro crítico universal

Feijoo fue profesor de la Universidad de Oviedo y estuvo en contacto con destacados intelectuales de su época, lo que le permitió estar al tanto de las principales novedades de la cultura europea. El propósito que guió toda su obra fue la búsqueda de la verdad, a través de la razón y de la experiencia. Así, el Teatro Crítico Universal y las Cartas eruditas y curiosas pretenden desengañar al lector, sacándole de sus errores, supersticiones y prejuicios de índole religiosa, geográfica, histórica, filosófica e incluso literaria.

(Edición crítica de Ángel-Raimundo Fernández González (Madrid, Cátedra, 1983, 2ª edición).

6

Sería cosa inmensa si me pusiese a referir las extravagantísimas supersticiones de varios pueblos. Los antiguos gentiles, ya se sabe que adoraron los más despreciables y viles brutos. Fue deidad de una nación la cabra, de otra la tortuga, de otra el escarabajo, de otra la mosca. Aun los romanos, que pasaron por la gente más hábil del orbe, fueron extremadamente ridículos en la religión, como San Agustín, en varias partes de sus libros de la Ciudad de Dios, les echa en rostro; en que lo más especial fue aquella innumerable multitud de dioses que introdujeron, pues sólo para cuidar de las mieses y granos tenían repartidos entre doce deidades doce oficios diferentes. Para guardar la puerta de la casa había tres: el dios Lorculo cuidaba de la tabla, la diosa Cardea cuidaba del quicio, y el dios Limentino del umbral; en que con gracejo los redarguye San Agustín de que, teniendo cualquiera por bastante un hombre solo para portero, no pudiendo un dios solo hacer lo que hace un hombre solo, pusiesen tres en aquel ministerio. Plinio, que va por el extremo opuesto de negar toda deidad o por lo menos de dudar de la deidad y negar la providencia, hace la cuenta de que era, según la supersticiosa creencia de los romanos, mayor el número de las deidades que el de los hombres: *Quam ob rem maior caelitus populus etiam quam hominum intelligi potest*. El cómputo es fijo; porque cada uno se formaba una deidad singular en su propio genio, y sobre eso adoraba todos los dioses comunes, cuya multitud se puede colegir, no sólo de lo que acaba de decirnos San Agustín, mas también de lo que dice el mismo Plinio, que llegaron a erigirse templos y aras a las mismas dolencias e incomodidades que padecen los hombres: *Morbis etiam in genera descriptis, et multis etiam pestibus, dum esse placatas trepido metu cupimus*. Y es cierto, que la Fiebre tenía un templo en Roma, y otro la mala Fortuna.

(...)

En el reino de Siam adoran un elefante blanco, a cuyo obsequio continuo están destinados cuatro mandarines, y le sirven comida y bebida en vajilla de oro. En la isla de Ceilán adoraban un diente que decían haber caído de la boca de Dios; pero habiéndole cogido el portugués Constantino de Berganza, le quemó, con grande oprobio de sus sacerdotes, autores de la fábula. En el cabo de Honduras adoraban los indios a un esclavo; pero al pobre no le duraba ni la deidad ni la vida más de un año, pasado el cual le sacrificaban, sustituyendo otro en su plaza. Y es cosa graciosa que creían podía hacer a otros felices quien a sí propio no podía redimirse de las prisiones y guardas con que le tenían siempre asegurado. En la Tartaria meridional adoran a un hombre, a quien tienen por eterno, dejándose persuadir a ello con el rudo artificio de los sacerdotes destinados a su culto, los cuales sólo le muestran en un lugar secreto del palacio o templo, cercado de muchas lámparas, y siempre tienen de prevención escondido otro hombre algo parecido a él, para ponerle en su lugar cuando aquél muera, como que es siempre el mismo. Llamanle Lama, que significa lo mismo que padre eterno, y es de tal modo venerado, que los mayores señores solicitan con ricos presentes alguna parte de las inmundicias que excreta, para traerla en una caja de oro pendiente al cuello, como singularísima reliquia. Pero ninguna superstición parece ser más extravagante que la que se practica en Balía, isla del mar de la India, al oriente de la de Java, donde no sólo cada

individuo tiene su deidad propia, aquella que se le antoja a su capricho: o un tronco, o una piedra, o un bruto, pero muchos (porque también tienen esa libertad) se la mudan cada día, adorando diariamente lo primero que encuentran al salir de casa por la mañana.

Astrología judiciaria y almanaques

2

Pero ¿qué más pueden hacer los pobres astrólogos si todos los astros que examinan no les dan luz para más? No me haré yo parcial del incomparable Juan Pico Mirandulano en la opinión de negar a los cuerpos celestes toda virtud operativa fuera de la luz y el movimiento; pero constantemente aseguraré que no es tanta su actividad cuanta pretenden los astrólogos. Y debiendo concederse lo primero que no rige el cielo con dominio despótico nuestras acciones, esto es, necesitándonos a ellas, de modo que no podamos resistir su influjo; pues con tan violenta batería iba por el suelo el albedrío y no quedaba lugar al premio de las acciones buenas, ni al castigo de las malas, pues nadie merece premio ni castigo con una acción a que le precisa el cielo sin que él pueda evitarlo, digo que, concedido esto, como es fuerza concederlo, ya no les queda a los astros para conducirnos a los sucesos o prósperos o adversos otra cadena que la de las inclinaciones. Pero fuera de que el impulso que por esta parte se da al hombre puede resistirlo su libertad, aun cuando no pudiera es inconexo con el suceso que predice el astrólogo.

Pongamos el caso que a un hombre, examinado su horóscopo, se le pronostica que ha de morir en la guerra. ¿Qué inclinaciones pueden fingirse en este hombre que le conduzcan a esta desdicha? Imprímale norabuena Marte un ardiente deseo de militar, que es cuanto Marte puede hacer; puede ser que no lo logre, porque a muchos que lo desean se lo estorba, o el imperio de quien los domina o algún otro accidente. Pero vaya ya a la guerra, no por eso morirá en ella, pues no todos, ni aun los más que militan, rinden la vida a los rigores de Marte. Ni aun los riesgos que trae consigo aquel peligroso empleo le sirven de nada para su predicción al astrólogo, pues éste, por lo común, no solo pronostica el género de muerte de aquel infeliz, mas también el tiempo en que ha de suceder, y los peligros del que milita no están limitados a aquel tiempo, sino extendidos a todo tiempo en que haya combate.

(...)

- Resume el tema de cada texto.
- ¿Encuentras algún rasgo de la mentalidad ilustrada en los textos de Feijoo?
- ¿Qué creencias tradicionales pretende desterrar el autor?

Gaspar Melchor de Jovellanos: Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España

Gaspar Melchor de Jovellanos (Gijón, 1744-1811) es el máximo representante de la Ilustración española, no sólo por su producción literaria, sino porque tuvo importantes responsabilidades políticas, como la de ministro de Justicia bajo el reinado de Carlos IV. Escribió teatro y poesía neoclásica, pero el grueso de su obra en prosa viene representada por informes, memorias, proyectos y discursos encaminados a mejorar distintos aspectos de la realidad española: un deseo de reformas que constituyó la preocupación esencial de su vida. Entre sus obras destacan el Informe sobre la Ley Agraria, la Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos, el Elogio de las Bellas Artes, el Elogio de Carlos III, en los que Jovellanos sabe tratar con amenidad, sencillez y léxico variado los temas más áridos, al tiempo que muestra esa nobleza de intenciones que le convierte en el prototipo de los ilustrados.

(Textos en cervantesvirtual.com)

Diversiones populares

Para exponer mis ideas con mayor claridad y exactitud, dividiré el pueblo en dos clases: una que trabaja y otra que huelga; comprenderé en la primera todas las profesiones que subsisten del producto de su trabajo diario y en la segunda las que viven de sus rentas o fondos seguros. ¿Quién no ve la diferente situación de una y otra con respecto a las diversiones públicas? Es verdad que habrá todavía muchas personas en una situación media, pero siempre pertenecerán a esta o aquella clase según que su situación incline más o menos a la aplicación o a la ociosidad. También resultará alguna diferencia de la residencia en aldeas o ciudades y en poblaciones más o menos numerosas, pero es imposible definirlo todo. No obstante, nuestros principios serán fácilmente aplicables a todas clases y situaciones. Hablemos primero del pueblo que trabaja.

Este pueblo necesita diversiones, pero no espectáculos. No ha menester que el gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse. En los pocos días, en las breves horas que puede destinar a su solaz y recreo, él buscará, él inventará sus entretenimientos; basta que se le dé libertad y protección para disfrutarlos. Un día de fiesta claro y sereno en que pueda libremente pasear, correr, tirar a la barra, jugar a la pelota, al tejuelo, a los bolos, merendar, beber, bailar y triscar por el campo, llenará todos sus deseos y le ofrecerá la diversión y el placer más cumplidos. ¡A tan poca costa se puede divertir a un pueblo, por grande y numeroso que sea!

Sin embargo, ¿cómo es posible que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten en manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias habrá hecho muchas veces esta dolorosa observación. En los días más solemnes, en vez de la alegría y bullicio que debieran anunciar el contento de sus moradores, reina en las calles y plazas una perezosa inacción, un triste silencio, que no se pueden advertir sin admiración ni lástima. Si algunas personas salen de sus casas, no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas y las arrastran al ejido, al humilladero, a la plaza o al pórtico de la iglesia, donde, embozados en sus capas o al arrimo de alguna esquina, o sentados o vagando acá y acullá sin objeto ni propósito determinado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni divertirse. Y si a eso se añade la aridez e inmundicia de los lugares, la pobreza y desaliño de sus vecinos, el aire triste y silencioso, la pereza y falta de unión y movimiento que se notan en todas partes, ¿quién será el que no se sorprenda y entristezca a vista de tan raro fenómeno?

(...)

Diversiones ciudadanas

Mas las clases pudientes, que viven de lo suyo, que huelgan todos los días o que al menos destinan alguna parte de ellos a la recreación y al ocio, difícilmente podrán pasar sin espectáculos, singularmente en grandes poblaciones. En las pequeñas, compuestas por la mayor parte de agricultores, podrá haber poca diferencia en las costumbres de sus clases. Cada una tiene sus cuidados y pensiones diarias. Los propietarios y colonos, granjeros y asalariados, todos trabajan de un modo o de otro, y si en los ricos son menos necesarias las tareas de fatiga, también el destino de mayor parte de tiempo al sueño, a la comida y al descanso, o cuando no a la caza, la conversación, el juego y la lectura llenan los espacios del día e igualan muy exactamente la condición de unos y otros.

Esta última reflexión es tanto más exacta cuanto el exceso de fortuna, que suele hacer apetecibles otras diversiones más artificiosas, saca frecuentemente a los ricos de los pueblos pequeños y los acerca a las grandes ciudades donde, confundidos en la clase que les pertenece, siguen las costumbres, los usos y las distribuciones de los demás individuos de ella, y desde entonces están colocados en la segunda parte de nuestra división, de que hablaremos ahora.

La influencia de la riqueza, del lujo, del ejemplo y de la costumbre en las ideas de las personas de esta clase, las fuerza, por decirlo así, a una diferente distribución de su tiempo y las arrastra a un género de vida blanda y regalada cuyo principal objeto es pasar alegremente una buena parte del día. La ociosidad, y el fastidio que viene en pos de ella, hace necesarias las diversiones, y ésta es la verdadera explicación del ansia con que se corre a ellas en los lugares populosos. Es verdad que una buena educación sería capaz de sugerir muchos medios de emplear útil y agradablemente el tiempo sin necesidad de espectáculos. Pero suponiendo que ni todos recibirán esta educación, ni aprovechará a todos los que la reciban, ni cuando aproveche será un preservativo suficiente para aquellos en quienes el ejemplo y la corrupción destruyan lo que la enseñanza hubiere adelantado, ello es que siempre quedará un gran número de personas para las cuales las diversiones sean absolutamente necesarias. Conviene pues que el gobierno se las proporcione inocentes y públicas, para separarlas de los placeres oscuros y perniciosos.

(...)

Saraos públicos

Aunque los saraos o bailes nobles y públicos no sean acomodables a pequeñas poblaciones, rara ciudad habrá en que no puedan celebrarse algunos con lucimiento y decoro. Dirigidos por personas distinguidas, costeados por los concurrentes, arreglado el precio de los boletines de entrada con respecto a su número y a la exigencia del objeto, y bien establecida su policía, ¡cuán fácil no fuera disponer esta diversión, y repetirla en las temporadas de Navidad y Carnaval, en que la costumbre pide algún regocijo extraordinario! Donde hubiere teatro o casa de comedias, el magistrado público pudiera franquearle a este fin. Donde no, tampoco faltaría otro edificio, público o privado, conveniente para el objeto. El magistrado, lejos de desdeñar esta intervención, debiera prestarse voluntariamente a ella, sin tomar en la diversión más parte que la necesaria para fomentarla y proteger el decoro y el sosiego del acto, y aun esto sin forma de jurisdicción o autoridad, que se avienen muy mal con el inocente desahogo.

Máscaras

Tal vez de aquí se podría pasar sin inconveniente al restablecimiento de las máscaras, que así como fueron recibidas con gusto general, tampoco fueron abolidas sin general sentimiento. Aun parece que la opinión pública lucha por restaurarlas, pues que se repiten y toleran en algunas partes, y que fuera menos arriesgado arreglarlas, puesto que la autoridad puede hacer más cuando dispone que cuando disimula. Una docena de estos bailes, dados entre Navidad y Carnaval, rendirían un buen producto para sostener los espectáculos permanentes en las capitales, así como sucede en algunas de Italia y, señaladamente, en Turín. No se diga que las máscaras están

prohibidas por nuestras antiguas leyes. Las máscaras y disfraces de que habla una de la Recopilación son de otra especie, y por tales lo están y estarán en todos tiempos y países. Puede haber ciertamente en esta diversión, como en todas, algunos excesos y peligros, pero ninguno inaccesible al desvelo de una prudente policía. Si aún se temieren, permítanse los honestos disfraces y prohíbase sólo cubrir el rostro. Cuando haya vigilancia y amor público en los que autorizan estas fiestas, todo irá bien. La licencia y el desorden sólo pueden ser alentados por el descuido.

Casas de conversación

Hace también gran falta en nuestras ciudades el establecimiento de cafés o casas públicas de conversación y diversión cotidiana, que arreglados con buena policía son un refugio para aquella porción de gente ociosa que, como suele decirse, busca a todas horas dónde matar el tiempo. Los juegos sedentarios y lícitos de naipes, ajedrez, damas y chaquete, los de útil ejercicio como trucos y billar, la lectura de papeles públicos y periódicos, las conversaciones instructivas y de interés general, no sólo ofrecen un honesto entretenimiento a muchas personas de juicio y probidad en horas que son perdidas para el trabajo, sino que instruyen también a aquella porción de jóvenes que, descuidados en sus familias, reciben su educación fuera de casa o, como se dice vulgarmente, en el mundo.

- Resume el tema de cada texto.
- ¿En qué se diferencian las diversiones populares de las ciudadanas?
- Comenta si permanece algún resto de las diversiones descritas por Jovellanos en la actualidad.
- ¿Encuentras algún rasgo de la mentalidad ilustrada en los textos de Jovellanos?

José de Cadalso: Cartas marruecas

La obra más conocida de Cadalso lleva el título de Cartas marruecas, es un conjunto de noventa epístolas publicadas por primera vez entre febrero y julio de 1789.

Los corresponsales son tres: el marroquí Gazel en viaje por España cuenta sus impresiones a su maestro Ben Beley, al tiempo que se cartea también con su amigo español Nuño; de esta forma las ideas del autor se presentan de forma objetiva.

Cadalso pretende mostrar el verdadero rostro de su patria, mediante un recorrido por la historia nacional, los problemas de la enseñanza, la organización territorial, el atraso científico, la corrupción política o administrativa, el carácter español y los vicios sociales.

Carta XLIII

De Gazel a Nuño

La ciudad en que ahora me hallo es la única de cuantas he visto que se parece a las de la antigua España, cuya descripción me has hecho muchas veces. El color de los vestidos, triste; las concurrencias, pocas; la división de los dos sexos, fielmente observada; las mujeres, recogidas; los hombres, celosos; los viejos, sumamente graves; los mozos, pendencieros, y todo lo restante del aparato me hace mirar mil veces al calendario por ver si estamos efectivamente en el año que vosotros llamáis de 1768, o si es el de 1500, ó 1600 al sumo. Sus conversaciones son correspondientes a sus costumbres. Aquí no se habla de los sucesos que hoy vemos ni de las gentes que hoy viven, sino de los eventos que ya pasaron y hombres que ya fueron. He llegado a dudar si por arte mágica me representa algún encantador las generaciones anteriores. Si esto es así, ¡ojalá alcanzara su ciencia a traerme a los ojos las edades futuras! Pero sin molestarme más en este correo, y reservando el asunto para cuando nos veamos, te aseguro que admiro como singular mérito en estos habitantes la reverencia que hacen continuamente a las cenizas de sus padres. Es una especie de perpetuo agradecimiento a la vida que de ellos han recibido. Pero, pues en esto puede haber exceso, como en todas las prendas de los hombres, cuya naturaleza suele viciar hasta las virtudes mismas, responde lo que te se ofrezca sobre este particular.

Carta XLIV

De Nuño a Gazel, respuesta de la antecedente

Empiezo a responder a tu última carta por donde la acabaste. Confírmate en la idea de que la naturaleza del hombre está corrompida y, para valerme de tu propia expresión, suele viciar hasta las virtudes mismas. La economía es, sin duda, una virtud moral, y el hombre que es extremado en ella la vuelve en el vicio llamado avaricia; la liberalidad se muda en prodigalidad, y así de las restantes. El amor de la patria es ciego como cualquiera otro amor; y si el entendimiento no le dirige, puede muy bien aplaudir lo malo, desechar lo bueno, venerar lo ridículo y despreciar lo respetable. De esto nace que, hablando con ciego cariño de la antigüedad, va el español expuesto a muchos yerros siempre que no se haga la distinción siguiente. En dos clases divido los españoles que hablan con entusiasmo de la antigüedad de su nación: los que entienden por antigüedad el siglo último, y los que por esta voz comprenden el antepasado y anteriores.

El siglo pasado no nos ofrece cosa que pueda lisonjearnos. Se me figura España desde fin de 1500 como una casa grande que ha sido magnífica y sólida, pero que por el discurso de los siglos se va cayendo y cogiendo debajo a los habitantes. Aquí se desploma un pedazo del techo, allí se hunden dos paredes, más allá se rompen dos columnas, por esta parte faltó un cimiento, por aquélla se entró el agua de las fuentes, por la otra se abre el piso; los moradores gimen, no saben dónde acudir; aquí se ahoga en la cuna el dulce fruto del matrimonio fiel; allí muere de golpes de las ruinas, y aun más del dolor de ver a este espectáculo, el anciano padre de la familia; más allá entran ladrones a aprovecharse de la desgracia; no lejos roban los mismos criados, por estar mejor instruidos, lo que no pueden los ladrones que lo ignoran.

(...)

La predilección con que se suele hablar de todas las cosas antiguas, sin distinción de crítica, es menos efecto de amor hacia ellas que de odio a nuestros contemporáneos. Cualquiera virtud de nuestros coetáneos nos ofende porque la miramos como un fuerte argumento contra nuestros defectos; y vamos a buscar las prendas de nuestros abuelos, por no confesar las de nuestros hermanos, con tanto ahínco que no distinguimos al abuelo que murió en su cama, sin haber salido de ella, del que murió en campaña, habiendo vivido siempre cargado con sus armas; ni dejamos de confundir al abuelo nuestro, que no supo cuántas leguas tiene un grado geográfico, con los Álavas y otros, que anunciaron los descubrimientos matemáticos hechos un siglo después por los mayores hombres de aquella facultad. Basta que no les hayamos conocido, para que los queramos; así como basta que tratemos a los de nuestros días, para que sean objeto de nuestra envidia o desprecio.

Es tan ciega y tan absurda esta indiscreta pasión a la antigüedad, que un amigo mío, bastante gracioso por cierto, hizo una exquisita burla de uno de los que adolecen de esta enfermedad. Enseñóle un soneto de los más hermosos de Hernando de Herrera, diciéndole que lo acababa de componer un condiscípulo suyo. Arrojólo al suelo el imparcial crítico, diciéndole que no se podía leer de puro flojo e insípido. De allí a pocos días, compuso el mismo muchacho una octava, insulsa si las hay, y se la llevó al oráculo, diciendo que había hallado aquella composición en un manuscrito de letra de la monja de Méjico. Al oírlo, exclamó el otro diciendo: -Esto sí que es poesía, invención, lenguaje, armonía, dulzura, fluidez, elegancia, elevación -y tantas cosas más que se me olvidaron-; pero no a mi sobrino, que se quedó con ellas de memoria, y cuando oye se lee alguna infelicidad del siglo pasado delante de un apasionado de aquella era, siempre exclama con increíble entusiasmo irónico: -¡Esto sí que es invención, poesía, lenguaje, armonía, dulzura, fluidez, elegancia, elevación!

Espero cartas de Ben-Beley; y tú manda a Nuño.

- Resume las ideas principales de Cadalso defendidas en cada una de estas cartas. Analiza también los rasgos del espíritu ilustrado que en ellas aparecen.
- ¿Consideras que todavía siguen vigentes algunas de las ideas de Cadalso en esta obra? Justifica la respuesta.
- Escribe tú ahora una carta algún amigo extranjero comentándole cualquier costumbre española que te llame la atención.

Los eruditos a la violeta

Es una obra dirigida a desenmascarar a los falsos sabios; así lo reconoce el autor en la dedicatoria "Ni nuestra era, ni nuestra patria esta libre de estos pseudoeruditos, (si se me permite esta voz). A ellos va dirigido este papel irónico, con el fin de que los ignorantes no los confundan con los verdaderos sabios, en desprecio y atraso de las ciencias, atribuyendo a la esencia de una facultad las ridículas ideas, que dan de ella los que pretenden poseerla, cuando apenas han saludado sus principios".

Instrucciones dadas por un padre anciano a su hijo que va a emprender sus viajes

Antes de viajar, y registrar los países extranjeros, sería ridículo, y absurdo que no conocieras tu misma tierra: empieza, pues, por leer la Historia de España, los anales de estas provincias, su situación, producto, clima, progresos, o atrasos, comercio, agricultura, población, leyes, costumbres, usos de sus habitantes; y después de hechas estas observaciones, apuntadas las reflexiones que de ellas te ocurran, y tomado pleno conocimiento de esta península, entra por la puerta de los Pirineos en Europa: nota la población, cultura, y amenidad de la Francia, el canal, con que su mayor rey ligó el Mediterráneo al océano; las antigüedades de sus provincias meridionales, la industria, y comercio de León, y otras ciudades; y llega a su capital: no te dejes alucinar del exterior de algunos jóvenes intrépidos, ignorantes, y poco racionales. Estos agravan a sus paisanos de mayor mérito: busca a estos, y los hallarás prontos a acompañarte, e instruirte, y hacerte provechosa tu estancia en París, que con otros compañeros te sería perjudicial en extremo.

Después que escribas cada noche lo que en cada día hayas notado de sus tribunales, academias, y policía, dedica pocos días a ver también lo ameno, y divertido, para no ignorar lo que son sus palacios, jardines, y teatros, pero con discreción, que será honrosa para ti, y para tus paisanos. Después encamínate hacia Londres, pasando por Flandes, de cuya provincia cada ciudad muestra una historia para un buen español: nota la fertilidad de aquellas provincias, y la docilidad de sus habitantes y que aún conservan algún amor a sus antiguos hermanos los españoles.

En Londres se te ofrece mucho que estudiar. Aquel gobierno compuesto de muchos; aquel tesón en su Marina, y comercio; aquel estímulo para las ciencias, y oficios; aquellas juntas de sabios; la altura a que llegan los hombres grandes en cualesquiera facultades y artes, hasta tener túmulos en el mismo templo que sus reyes; y otra infinidad de renglones de igual importancia ocuparán dignamente el precioso tiempo, que sin estos estudios desperdiciarías de un modo lastimoso en la *Crápula*, y *libertinaje* (palabras que no conocieron mis abuelos, y celebraré que ignoren tus nietos). Además de estos dos reinos, no olvides las cortes del norte, y toda la Italia, notando en ella las reliquias de su venerable antigüedad, y sus progresos modernos en varias artes liberales, indaga la causa de su actual estado, respecto del antiguo, en que dominó al orbe desde el Capitolio. Después restitúyete a España, ofrécete al servicio de tu patria; y si aun así fuese corto tu mérito o fortuna para colocarte, cástate en tu provincia con alguna mujer honrada y virtuosa, y pasa una vida tanto más feliz, cuanto más tranquila en el centro de tus estudios, y en el seno de tu familia, a quien dejarás suficiente caudal con el ejemplo de tu virtud. Esta misma herencia he procurado dejarte con unas cortas posesiones vinculadas por mis abuelos, y regadas primero con la sangre que derramaron alegres en defensa de la patria, y servicio del Rey.

Aquí estaba roto el manuscrito, gracias a Dios, porque yo me iba durmiendo con la lectura, como habrá sucedido a todos vosotros, y a cualquier hombre de buen gusto, bello espíritu, y brillante conversación. De otro cuño es la moneda con que quiero enriqueceros en punto de viajes, y así dando a la adjunta instrucción el uso más bajo que podáis, tomad la siguiente.

Primero: No sepáis una palabra de España, y si es tanta vuestra desgracia que sepáis algo, olvidadlo, por amor de Dios, luego que toquéis la falda de los Pirineos.

Segundo: Id, como bala salida de cañón, desde Bayona a París, y luego que lleguéis, juntad un consejo íntimo de peluqueros, sastres, bañadores, etc., y con justa docilidad entregaos en sus manos, para que os pulan, labren, acicalen, compongan, y hagan hombres de una vez.

Tercero: Luego que estéis bien pulidos, y hechos hombres nuevos, presentaos en los paseos, teatros, y otros parajes, afectando un aire francés, que os caerá perfectamente.

Cuarto: Después que os hartéis de París, o París se harte de vosotros, que creo más inmediato, idos a Londres. A vuestra llegada os aconsejo dejéis todo el exterior contraído en París, porque os podrá costar caro el afectar mucho galicismo. En Londres os entregaréis a todo género de libertad, y volved al continente para correr la posta por Alemania e Italia.

Quinto: Volveréis a entrar en España con algún extraño vestido, peinado, tonillo, y gesto, pero, sobre todo, haciendo tantos ascos y gestos como si entraréis en un bosque, o desierto. Preguntad cómo se llama el pan y agua en castellano, y no habléis de cosa alguna de las que Dios crió de este lado de los Pirineos por acá. De vinos, alabad los del Rin, de caballos, los de Dinamarca, y así de los demás renglones, y seréis hombres maravillosos, estupendos, admirables, y dignos de haber nacido en otro clima.

- Identifica la idea principal de texto y las ideas secundarias.
- Comenta el uso de la ironía.

TEATRO

Ramón de la Cruz: Sainetes

Junto a las modalidades dramáticas convencionales existió en el XVIII un teatro popular, heredero del paso y del entremés, que tuvo su máxima expresión en los sainetes de don Ramón de la Cruz (1731-1794). Se trata de piezas breves que pretendían hacer reír al público a base de satirizar costumbres de la época, en particular las procedentes del extranjero, consideradas una muestra del afrancesamiento emanado de la dinastía borbónica. Gozaron de especial favor del público obras como *Las castañeras picadas*, *El Petimetre* o *Manolo*, que reproducimos a continuación

(Edición de José Francisco Gatti, en *Doce sainetes*, Barcelona, Labor, 1972).

Manolo

PERSONAJES

EL TÍO MATUTE, tabernero de Lavapiés, marido de LA TÍA CHIRIPA.

LA TÍA CHIRIPA, castañera.

LA REMILGADA, hija del TÍO, amante de MEDIODIENTE.

MANOLO, hijo de la TÍA, amante pasado de LA POTAJERA.

LA POTAJERA, enamorada, en ausencia de MANOLO, de MEDIODIENTE.

MEDIODIENTE, amante de la REMILGADA.

SABASTIÁN, esterero, confidente de todos.

Comparsas de verduleras, aguadores, pillos y muchachos.

La escena es en Madrid, y en medio de la calle ancha de Lavapiés, para que la vea todo el mundo.

Escena I

Después de la estrepitosa abertura de timbales y clarines se levanta el telón y aparece el teatro de calle pública, con magnífica portada de taberna y su cortina apabellonada de un lado, y del otro tres o cuatro puestos de verduras y frutas, con sus respectivas mujeres. La TÍA CHIRIPA estará a la puerta de la taberna con su puesto de castañas y SABASTIÁN haciendo soguilla a la punta del tablado. En el fondo de la taberna suena la gaita gallega un rato y luego salen, dándose de cachetes, MEDIODIENTE y otro tuno, que huye luego que salen el TÍO MATUTE con el garrote, y comparsa de aguadores.

Escena II

(TÍO MATUTE, su comparsa y los dichos.)

TÍO MATUTE

Escuadrón de valientes parroquianos:
ya veis que la opinión de mi taberna
está pendiente; nadie los perdone
y cada cual les dé con lo que pueda.

MEDIODIENTE ¡Aguárdate, cobarde!

TÍO MATUTE No le sigas,
y date tú a prisión.

MEDIODIENTE Pues, ¿qué más prueba

queréis, si el otro huye y yo me quedo,
de que él os hizo noche la peseta?

TÍO MATUTE

Tengas o no la culpa, pues te pillo,
tú, Mediodiente, pagarás la pena,
porque la fama, que hasta aquí habrá roto
más de catorce pares de trompetas
por ese Lavapiés, preconizando
mis medidas, mi vino y mi conciencia,
no ha de decir jamás que hubo en mi casa
un hurto que importase una lenteja.
¿Se ha de decir que hurtaron cuatro reales
en una que es acaso la primera
tertulia de la corte, donde acuden

sujetos de naciones tan diversas
y tantos petimetres con vestidos
de mil colores y galón de seda?
Aquí donde, arrimados los bastones
y plumas que autorizan las traseras
de los coches, es todo confianza,
¿se ha de decir que hay quien faltó a ella?
Aquí, donde compiten los talentos
dempués de deletreada la Gaceta,
y de cada cuartillo se producen
diluvios de conceptos y de lenguas.
Aquí, donde las honras de las casas,
mientras yo mido, los criados pesan,
de suerte que, a no ser por mí y por ellos,
muchas cosas quizá no se supieran.
¿Aquí ha de haber quien robe? ¡Rabio de ira!
¿Que se emborrachen? ¡Vaya enhorabuena!
que a eso vienen aquí las gentes de honra,
pero ¿quién será aquel, dempués que beba,
que hurte, juegue, murmure ni maldiga
en el bajo salón de mi taberna?

MEDIODIENTE
Matute, ¿qué apostáis c'agarro un canto,
y os parto por en medio la mollera?

TÍO MATUTE ¿Yo amenazado?

MEDIODIENTE ¿Yo ladrón?

TÍA CHIRIPA Esposo,
déjale con mil diablos.

TÍO MATUTE No pretendas
que deje sin castigo su amenaza.

TÍA CHIRIPA
¡Ay, señor, que amenaza tu cabeza,
y conforme te puede dar en duro,
también te puede dar donde te duela!

TÍO MATUTE
Tú dices bien. ¡Ah, cuánto en ocasiones
las mujeres prudentes aprovechan!
SABASTIÁN ¡Templanza heroica!

MEDIODIENTE ¡Formidable aspecto!

Escena IV

REMILGADA, MEDIODIENTE,
SABASTIÁN y las verduleras.

MEDIODIENTE
¿Es posible, divina Remilgada,
que siquiera la vista no me vuelvas?
¿Y la fe que juraste a Mediodiente?

REMILGADA
Yo no me hablo con gente sin vergüenza;
ni yo, por medio diente más o menos,
he de exponer mi aquel a malaslenguas,
no teniendo otra cosa más de sobra
que los dientes enteros y las muelas.

MEDIODIENTE
Ya te entiendo y te juro, dueño mío,
que nunca he vuelto a ver la Potajera,
dende la noche que la di la tunda
por darte a ti sastifación...

REMILGADA No mientas;
que yo el día te vi de los Defuntos
ir cacia el hespital junto con ella.

MEDIODIENTE No viste tal...

REMILGADA Sí vi...

(Dentro suenan unos cencerros.)

MEDIODIENTE Pero ¿qué salva
de armonía bestial el aire llena?

SABASTIÁN
Esto es, señor, sin duda, que Manolo,
aquel de quien han sido las proezas
en Madril tan notorias, aquel joven
que, aluno de las mañas y la escuela
del ensine Zambullo, dio al maestro
tanto que hacer, en el mesón se apea
dempués de concluir las diez campañas
en que la África vio; pues su soberbia,
no cabiendo del mundo en la una parte
repartió entre las dos su corpulencia.

MEDIODIENTE
¿No es éste el hijo de la tía Chiripa,
tu madrastra, y el que en los patos entra
de que ha de ser tu esposo, pues tu padre,
el tío Matute, se casó con ella?

REMILGADA El mismo es.

MEDIODIENTE ¡Pues reniego de tu casta!
¿Para qué me dijites, embustera,
que me querías? ¿Éste era el motivo

de estar conmigo por las noches sería
y de darme sisados los cuartillos?
¡Oh, santos Dioses! Yo te juro, ¡ah perra!,
que has de ver de los dos cuál es más
hombre,
en medio del Campillo de Manuela,
de naaja a naaja o puño a puño,
y le tengo de echar las tripas juera.

REMILGADA

No te inrrites, señor. ¡Destino alverso,
suspende tus furiosas influencias!
¿Casarme con Manolo yo? ¡Y qué poco!
Primero me cortara la caeza.

MEDIODIENTE ¿Serás firme?

REMILGADA Testigo el espartero.
¡Así lo fueras tú!

MEDIODIENTE Si te hago ofensa
y falto a mi palabra, que me falten
el vino y el tabaco, la moneda
en el juego...

REMILGADA No más, mi bien, que bastan
los juramentos para que te crea.
Queda en paz.

MEDIODIENTE Vete en paz.

REMILGADA Sólo te encargo
que no vuelvas a ver la Potajera.

MEDIODIENTE ¡Ay, que viene Manolo!

REMILGADA ¡Ay, que eres tuno!

LOS DOS ¡Cielos, dadme favor o
resistencia!

Escena VII

La TÍA CHIRIPA y los dichos.

TÍA CHIRIPA ¡Manolillo!

MANOLO ¡Señora y madre mía!
Dejad que imprima en la manaza bella
el dulce beso de mi sucia boca.
¿Y mi padre?

TÍA CHIRIPA Murió.

MANOLO Sea norabuena.
¿Y mi tía la Roma?

TÍA CHIRIPA En el Hespicio.

MANOLO ¿Y mi hermano?

TÍA CHIRIPA En Orán.

MANOLO ¡Famosa tierra!
¿Y mi cuñada?

TÍA CHIRIPA En las Arrecogidas

MANOLO
Hizo bien, que bastante anduvo suelta.

- Escribe el resumen y el tema principal de texto.
- Comenta los rasgos del lenguaje popular presentes en el sainete.
- Efectúa el análisis métrico de la escena segunda.